

El absurdo en los niños y los libros absurdos para ellos

El magazín de los famosos aún no conocidos

JOSÉ ANDRÉS GÓMEZ

ANDREZZINHO (ilustración)

Tragaluz Editores, Medellín, 2015, 84 págs.

JOSÉ ANDRÉS Gómez es autor de *Los cuadernos del Doctor Calamar*, de la bella y peculiar editorial Tragaluz. Con ellos, también publicó el álbum Premio Beca a la Creación, *Manual para Cazar una Idea* y el ganador del mismo estímulo, *El catálogo Maxwell de objetos curiosos*. En seguida, nos ofrece una particular antología: *El magazín de los famosos aún no conocidos*, cinco historias absurdas, ilustradas por Andrezzinho y jugadas aquí con la astucia en edición de la que Tragaluz es pionera. Con esta publicación hace evidente que esos objetos cargados de historias son libros y, además, bellos libros; potenciales piezas de lectura, pero siempre más.

El campeón de un deporte que nadie conoce sobre pestañeo, la mujer con un grave y extraño síndrome de opinión excesiva, un hombre al que se le esfuma el tiempo pese a estar forrado en relojes, un consagrado probador de colchones que no duerme bien por el estrés de su trabajo y el columnista que emprende un viaje con una lechuga. Todas, historias traídas de los pelos y reunidas en una “revista” dedicada a hablar de gente común y corriente que, pareciendo anodina, no lo es tanto. El autor se vale del absurdo para hacer una selección de quienes podrían ser futuras celebridades.

Es un terreno fangoso escribir para niños, sobre todo en esas edades de tránsito en materia de lectura, en las que difícilmente han definido un gusto al que apuntar, o en las que tampoco hay mucha concentración y, en cambio sí desdén y más entusiasmo por el juego, o a veces también desgano. En este terreno de tránsito en la lectura han escrito autoras consagradas como Cristine Nostlinger o Ana María Machado, incluso, Michael Ende, pero ninguno con tanto éxito –por lo

menos, entre los propios niños– como Roald Dahl, cuya literatura implica precisamente juego, movimiento, que compensan, decodificando e imaginando, el estado de quietud que exige la lectura.

Quien lee a Dahl se halla en su interior asombrado, perplejo, casi siempre fascinado; se mueve estando inmóvil, su juego es el humor, pero este se construye sobre lo absurdo y a veces sobre lo grotesco. Esa irreverencia, esa imposibilidad de las acciones y de los personajes es lo que detona la risa y la empatía. *El magazín de los famosos aún no conocidos* se cuelga de esa arquitectura, mano derecha del humor; del absurdo posible y connatural a la infancia y que nos cae en gracia a todos.

¿Es importante ese absurdo en los niños? ¿Para qué leer algo cuya utilidad es precisamente su calidad de inútil? Mucho se ha hablado, y ya deberíamos tenerlo claro, acerca de que la literatura es libre de obligaciones, especialmente cuando hablamos de lo que *deberían* leer los niños. Es refrescante toparse con libros desenfadados, en medio de un panorama en el que, para ellos, la literatura se ha vuelto algo serio.

Sí que es valioso e importante ese desparpajo de los cinco relatos de vidas imposibles, truncadas por la tontería propia de los protagonistas; y sí que lo es la inutilidad de leerlos cuando esa particularidad logra hacer clic en quien lee, cuando hace reír, imaginar, cuando produce empatía en la persona que se acerca, sin importar que esta se dé con lo ridículo; entonces, la decodificación del texto deja de ser meramente eso y nos encontramos ante un lector y ante una lectura leída.

Sin embargo, los cinco relatos también contienen una posibilidad, podría decir, un vicio narrativo, que es tomar el absurdo por tonto. Y claro que lo absurdo no ha de tener reglas para garantizar su calidad, salvo una: no seguir las fórmulas. Cuando el absurdo sigue fórmulas, pierde su naturaleza libre y se acerca más bien a lo forzado.

En este caso, lo absurdo está, más que en el desenfado de la escritura, en el ejercicio de encontrar salidas sorprendidas; en la extravagancia, llamada así por ser irregular en su entorno. En “Opinionitis dubitativa aguda”, la

protagonista, Pepita Pérez, un cliché nominal para referirse a “cualquiera”, arranca con la divertida anécdota de cómo es la señora Pérez, una meticulosa observadora y dictadora de sentencias definitivas. Pepita encuentra a la Duda en la puerta de su cabeza y la deja entrar. Pero, entonces, llega una descripción innecesaria en la página 29: nos topamos con justificaciones o pruebas de por qué es ella una dubitativa aguda. Las razones traídas del cabello tenían la función de hacernos reír, pero cuando adquieren la lógica, pierden su calidad primera, dejan de ser divertidas y se convierten en forzadas.

A uno no le da risa caerse y sentir dolor, le da risa el ridículo de la situación; a los niños no les dan risa los mocos como elemento, sino que los cachén en la fechoría y hacer evidente el desagrado del otro ante el elemento. Es la arquitectura de la narración la que permite que lo absurdo tenga vía al humor, no los elementos o las nominaciones. ¿Puede entonces el relato del absurdo ser poderoso, o por lo menos efectivo, si se ciñe a reglas que no son el *constructo* sino el elemento?

Las ilustraciones de Andrezzinho cumplen una misión literal, representan con imágenes lo que el texto dicta. Es decir, no se fugan hacia ningún lado. Pero, entonces, tampoco acentúan esa intención que el texto quiere proponer. Es una ilustración bonita y justa, diría que sobria, pero no dialoga con el texto, solo lo representa gráficamente. Habría sido curioso, por ejemplo, ver que en “El empleo del tiempo”, la primera ilustración no fuera la del personaje, sino un acercamiento en primer plano a sus objetos o un punto de vista confuso para acabar con la imagen de un personaje caracol –;claro, ya entiendo por qué se le va el tiempo!–, pero el relato justifica con lógica el terreno ganado con el absurdo y la ilustración no le toma ventaja al hueco que deja el relato.

Tal vez ese sea el problema: tomarse muy en serio el tema y comenzar a justificarlo, organizarlo, cerrar sus posibilidades, acabar con esa cosa inesperada que nos detona la risa y que no es ligereza. El problema es el exceso en el control de los elementos. Lo que posiblemente corta el camino a lo gracioso es esa paradoja que se da al escribir sobre algo que se contradice.

En “La maravillosa medicina de Jorge”, de Roald Dahl, la abuelita de Jorge tenía el legítimo derecho de ser una bruja. El autor, nunca justificó que lo fuera. Jorge a su vez, en sus posibilidades de ingenuidad infantil, también tuvo el legítimo derecho de hacer el menjurje que la convirtió en monstruo y, sí, podríamos decir que Jorge envenenó a su abuela, pero sus motivaciones eran distintas a las del daño. Tenemos un ejemplo del absurdo que sorprende y que causa risa. Es una posibilidad libre porque ocurre en el campo de la ficción.

Dicho esto, a la hora de seleccionar una lectura para niños, el factor más importante antes del encuentro íntimo con el libro, es que nuestro lector haga clic con él, sin importar tema o apariencia. Hay que reconocer que en esas edades se forma el lector y que los libros de cuentos o pequeños relatos y además descabellados como este se vuelven herramientas. Aunque, lo reitero, la literatura nunca esté obligada a serlo.

Son posibilidades, ganchos y es mejor que vengan de editoras respetables y bellas como Tragaluz, que se han ganado un puesto de excepcionalidad por su impecable labor. Mejor que los monstruos editoriales cuyos nombres todos conocemos, que tienen cosas buenas, pero que también estarán dispuestos a venderles a las niñas y niños un banano en forma de libro, que encontrarán con tranquilidad en la registradora, al lado de bananos de verdad.

Lucas Insignares

Posdata: en *El principito*, clásico del que muchos han oído o que muchos han leído, existe la correspondencia con lo fantástico, incluso, con lo absurdo. Habrá quienes vean descabellado, ridículo o forzado que el comienzo del periplo del principito sea la huida de su planeta tirado por una migración de aves. O que viva en un planeta que apenas si triplica su tamaño y que debido a sus condiciones geográficas es imposible que tenga atmosfera. Al final, cuando el principito le pide a la serpiente que lo muerda para iniciar el viaje de regreso a su hogar, el lector ya no piensa en la verosimilitud del relato y a Exupéry tampoco le interesa en

lo más mínimo hacerlo verosímil o justificarse. El lector ya está imbuido por la arquitectura fantástica y, si la piensa, lo hace para llegar a un nuevo lugar: el del significado.